el análisis monográfico de una determinada cuestión son hoy, probablemente, los que más pueden interesar y atraer a los numerosos lectores de Ortega. *El Derecho en Ortega* es obra de un joven —es su primer libro—, orteguiano lector, y afronta un tema que preocupó mucho a Ortega y que, en nuestros días, acusa la más grave crisis. Por ello, solo en el nivel de la filosofía, en las páginas de Ortega en este caso, puede rastrearse la zona donde reside esa descomposición de los valores jurídicos y en la que, quizá, se entrevea su posible restauración. Mas no pretendo aquí comentar debidamente estos iniciales volúmenes de los «Estudios orteguianos», pues, en números inmediatos de esta *Revista*, hallará el lector su oportuna recensión [4]. Quería, solamente, anunciar su salida y, de paso, señalar algunas precisiones bibliográficas sobre las ediciones de y sobre Ortega [5].
PAULINO GARAGORRI (Madrid).

César E. Pico

SERENA y silenciosamente ha muerto en Buenos Aires uno de sus hombres de alma más cultivada y fina. Bastaría tal cosa para que su figura fuese recordada en estas páginas. Pero es que a su condición de espiritual argentino de pro, César Pico supo unir, en los treinta últimos años de su vida, una de las fidelidades a la persona y a la obra de Ortega más singulares en toda el área de nuestro idioma.

En cuanto hombre intelectualmente asentado en la vida y en la historia, tres fueron las grandes dilecciones de César Pico: Buenos Aires, Santo Tomás de Aquino y Ortega.

Amó apasionadamente a su ciudad; y la amaba con ese amor entre esperanzado, nostálgico y herido —el de Jorge Luis Borges, el de Carmen Gándara, el de Eduardo Mallea, el de

---

[4] Una buena recensión del libro de Hierro, «O Direito em Ortega», por Gilberto de Mello Kujawski, se ha publicado en la revista *Convivium* (Sao Paulo, Setembro-Outobro, 1966).

[5] De otros dos libros, recientes y apenas divulgados, y ambos, en diferentes respectos, sumamente estimables, quisiera dar aviso al lector interesado en Ortega: *Lo individual y lo social en la filosofía de Ortega y Gasset* (Pas-Verlag, Zurich, 1964), por Francisco Goyenechea, S. D. B., y *Hacia Ortega. I. El mito del origen del hombre* (Santiago de Chile, 1965), por Francisco Soler Grima.

Ernesto Sábato— que tantos y tantos porteños sensibles llevan dentro de sí. Siempre le recordaré declamando ante mí y otros amigos los versos perplejos e interrogantes:

—«*¿Y fue por este río de soñera y de barro,*
que vinieron los hombres a fundarme la patria?»—

con que el primer Borges, eficaz, deliberada y elegantemente apoyado en el leve galicismo sintáctico de ese «que», supo expresar uno de los más centrales nervios de la conciencia histórica de su generación. «Los hombres» éramos, claro, nosotros, los españoles. Entre esos hombres y sus descendientes quiso estar de por vida César, y en él tuvieron nuestras gracias y desgracias aficionadísimo compañero fraternal.

Amó con toda su inteligencia y todo su corazón la filosofía de Santo Tomás. Procedente de la biología —en su juventud había sido uno de los más eminentes colaboradores del bacteriólogo Krause—, llegó a esa filosofía, más precisamente, a lo que en ella es metafísica, por los años en que Mercier, Maritain y Gilson estaban demostrando la posibilidad de su vigencia en nuestro siglo. Pero él no era tomista de escuela, y menos aún tomista de secta, porque el tomismo no fue para su mente un gimnasio dialéctico carente de ventanas, sino un instrumento fino y riguroso para la intelección y la fruición de la realidad. Acto y potencia, materia y forma, sustancia y accidente, esencia y existencia, *esse reale* y *esse intentionale;* sí, pero al servicio de lo que para él era verdadera y últimamente valioso: la intelección viva de la realidad, fuese esta la del Dios amoroso y providente en que tan de veras creía o la de aquellas sápidas y consistentes bullabesas con que él, trocando en buen arte culinario la técnica bacteriológica de antaño, tan alegremente regalaba a sus amigos.

Amó, en fin, la obra y el magisterio de Ortega. «Es un millonario de ideas», solía decir de él. El enlace sistemático de la metafísica de Santo Tomás y la sociología de Ortega, cuyo curso bonaerense sobre «El hombre y la gente» había producido en su alma impresión muy honda, fue acaso el más personal de sus temas como docente de Filosofía, primero en la Universidad de la Plata y luego en la del Salvador. De ahí la ira sin hiel —ira lúdica, ira jovial— que en su palabra y en su ánimo solía suscitar el frecuente empecinamiento antiorteguiano de ciertos tomistas de escuela; esos para los cuales Santo Tomás es antes una barbacana que un camino.

Bonaerense, hispánico, tomista, orteguiano, amante de la realidad, de la inteligencia y de la vida, hombre amistoso y coloquial; todo eso fue César Pico. Perdiendo su palabra discernidora y viva, algo muy delicado y muy real ha perdido la ciudad que él tan entrañablemente quiso.—*PEDRO LAIN ENTRALGO* (Madrid).

Unamuno, Cervantes y *Niebla**

Al lector de Unamuno no deja de extrañarle esta contradicción bien de bulto en las páginas del vasco: la desproporción entre el continuo homenaje a la figura de Don Quijote y la falta de interés (y casi la sobra de desprecio) hacia su creador, Cervantes. Es verdad que, en los ensayos tempranos, reunidos bajo el título de *En torno al casticismo* (1895) —en los que se interpreta el significado principal del *Quijote* como el retorno del héroe a la cordura, y su consiguiente repulsa del sueño caballeresco—, Unamuno siempre habla de Cervantes con la debida reverencia[1]; pero incluso ahí el foco de atención se centra en Alonso Quijano y no en Miguel de Cervantes. Por otra parte, en años posteriores, esa alabanza escasa y poco original se cambia en algo realmente distinto.

En 1904, si no antes, Unamuno había llegado a rechazar en buena parte no solo las tendencias moderadas de europeización de *En torno al casticismo*, sino también su preferencia por la cordura de Alonso Quijano sobre la locura de Don Quijote (véase *Sobre la filosofía española*). Este viraje radical de su pensamiento va acompañado por lo que parece ser una casi deliberada campaña de desprestigio de Cervantes como escritor, que culmina en el ensayo «Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*», publicado en abril de 1905, muy poco antes de aparecer su propia *Vida de Don Quijote y Sancho*. Las citas siguientes pueden dar una idea de la extraña virulencia del ataque:

* Me es grato expresar aquí mi agradecimiento al profesor Joaquín González-Muela por haber traducido al español la mayor parte de este artículo.

[1] A Calderón, dice, podemos leer hoy solo con fatiga, «mientras Cervantes vive eterna vida dentro y fuera de su pueblo» (*En torno al casticismo*, en Miguel de Unamuno, *Ensayos*, ed. Bernardo G. de Candamo, I [Madrid, 1945] 75). Todas las citas de los ensayos están tomadas de esta edición en dos tomos.